

rido convertir al hombre en un superhombre, y no encontraron mejor procedimiento que reducirlo al papel de autómeta. ¿Quién podía ser más peligroso para sus ideales materialistas que aquel que antepone el espíritu a la materia y que es capaz de demostrar, mediante el ejercicio de las ideas, cuán erróneo es el destino desmesurado y precario que quieren asignarle al hombre? Porque en una democracia, prácticamente hablando, nadie puede considerarse libre. En una dictadura, en cambio, existe lo que falta en una democracia: la absoluta libertad. Sólo que esta libertad efectiva, en el doble sentido material y espiritual de la palabra, se halla en manos de una única persona, sedicente semidiós que participa por su insensata fe en sí mismo y el olvido de su propia debilidad, de la peor debilidad que entraña la condición humana.

He dicho que Leo Ferrero conoció el éxito desde joven. Cuanto escribía suscitaba esa alentadora curiosidad que inspira siempre el pensamiento de un ser excepcional. No obstante, por ser hijo de un liberal erudito y prestigioso como es su padre, que no vaciló en sostener y luchar abiertamente por sus propias convicciones, a Leo Ferrero, en plena eclosión de su talento —el momento más delicado de su vida—, se le cerraron todos los caminos: diarios, editores, teatros, salas de conferencias. En la actualidad, Guglielmo Ferrero es profesor en la Universidad de Ginebra. Pero antes de expatriarse, lo precedió su hijo. Cierta noche Leo Ferrero obtuvo un pasaporte y se marchó a París, decidido a convertirse en escritor francés.

En los primeros momentos, «para liberar su conciencia», escribió *Angélica*, el drama que ha publicado su padre después de su muerte. La segunda obra de este período fue *París Dernier Modèle de l'Occident*. Voy a ocuparme de ambas siguiendo el orden de su respectiva publicación. A la luz de *París* no será posible apreciar el significado íntimo de *Angélica*, drama «fantástico», apología exaltada y dolorosa de la libertad.

Leo Ferrero agrupa a los pueblos occidentales en dos tipos de civilización que llama atenienses y romanas. A estas dos civilizaciones corresponden calidades opuestas que provocan la grandeza y decadencia de los pueblos que las poseen.

«Las civilizaciones atenienses —dice— se fundan en el espíritu de examen y en la imaginación. El espíritu de examen y la imaginación provocan el desorden, y el desorden afina la inteligencia. Los hombres aprenden a reflexionar; su éxito se debe a la fineza con la cual penetran los secretos y comprenden el mecanismo de la sociedad. Son revolucionarios, cosmopolitas, capaces de concebir principios, ferozmente facciosos.

Las civilizaciones romanas se fundan sobre el sentido moral y sobre una división del espíritu en compartimientos distintos. El sentido moral y esos compartimientos del espíritu en que las facultades del hombre se

desarrollan sin jamás mezclarse, contribuyen a establecer y mantener el orden. El orden incita a no reflexionar. Los hombres aprenden a conducirse teniendo en cuenta los intereses colectivos y los derechos de cada uno. El orden les permite vivir sin explicarse el mecanismo de la vida social. Son conservadores, conquistadores, sensibles a la idea del derecho, leales en la lucha de los partidos».

Italia e Inglaterra surgen de este rápido esbozo como dos ejemplares característicos de la civilización ateniense y de la romana. «Pero las calidades más brillantes y fecundas se vuelven peligrosas, si las calidades contrarias no las contrabalancean. Y eso explica que ambos países, después de un largo período de esplendor, hayan atravesado una crisis producida no por sus vicios, sino por sus calidades mismas».

Italia describe una parábola que llega a su mayor altura en el siglo XIV, cuando los italianos, que nunca conocieron la libertad civil, poseen la libertad política e intelectual, ejercen la imaginación y el espíritu de examen, y se abandonan a sus principios atenienses. A partir del siglo XVII, esta civilización destinada a desenvolver todas sus cualidades intelectuales, casi no produce sino obras decorativas. En la segunda mitad del siglo XIV los italianos han perdido la libertad política, y la Contrarreforma ha destruido, en el siglo XVI, la libertad intelectual. Las ideas generales, la crítica de costumbres, los dramas morales, son tabúes. Los poetas ya no leen ni comprenden a Dante, se resignan a cantar alabanzas a la razón de Estado y se refugian en el preciosismo y en los pasatiempos de estilo «como los pastores de Arcadia buscaban refugio en las grutas recubiertas de hiedra». La magnificencia puramente exterior en todas las formas de la vida y del arte, es una derivación del instinto creador de los italianos hacia el fasto.

Y en el siglo XVI, con la Contrarreforma, empieza la tragedia cotidiana de las *élites*. Con extraordinaria sutileza, Leo Ferrero explica cómo estos acontecimientos han sido debidos a las mismas virtudes que suscitan la ruina del pueblo que las posee. El cosmopolitismo, admirable en una Europa feudal, da lugar a que se establezcan dominaciones extranjeras. Y desde que el destino de Italia parece irrevocable, la elasticidad del espíritu ateniense permite que el pueblo se adapte sin pena a la tiranía. «Demasiado penetrantes, los italianos reconocen con excesiva lucidez su propia debilidad. Su clarividencia los deprime».

Así como Italia ha sido víctima en los siglos XIV y XVI de sus cualidades atenienses, Inglaterra se debate actualmente en una crisis provocada por sus calidades romanas: «Los ingleses, dice Leo Ferrero, tienen el espíritu dividido en compartimientos estancos, e imponen a la realidad un orden ficticio que posee las apariencias y a menudo las ventajas del orden verdadero. Los negocios, la política, el deporte, el amor; el amor físico, el amor sentimental; el trabajo, el reposo; los viajes, la cultura,

son otras tantas categorías distintas para este pueblo sin gramática, al que una ley general o una relación entre dos hechos le parece una vana operación de la inteligencia». Remito al lector al capítulo III, donde se analiza con tanta gracia la psicología del inglés medio, que los domingos se siente místico y cree en el Pecado Original y el resto de la semana profesa y aplica las teorías de Darwin. La penuria imaginativa y el miedo al aburrimiento –cuyo ejemplo típico es Robinson Crusoe– impulsan al inglés de los siglos XVIII y XIX a cruzar los mares y fundar el Imperio Británico. Un espíritu dividido en casillas puede hacer descender al hombre, sin mayores inconvenientes, de Adán y del mono; usar de la fuerza en las colonias y defender celosamente el derecho en Inglaterra.

Leo Ferrero estudia la grandeza creciente del pueblo inglés y la crisis a que se halla abocado en la actualidad (*París* fue escrito después de la derrota del Partido Laborista), en virtud de las mismas condiciones que permitieron su triunfo. Pero si tanto las civilizaciones atenienses como las romanas se hallan condenadas a decaer, ¿los pueblos occidentales deberán resignarse a este rápido declive, que está, por así decirlo, pre-conformado en sus respectivos caracteres? Leo Ferrero no es un escéptico, y su mirada trasciende el desaliento. Existe en Europa una nación que ha salido invicta de todos los cambios de fortuna, que ninguna catástrofe consiguió abatir, porque funde la civilización romana con la ateniense, porque en ella «el orden es bastante estable para que los individuos puedan ser emprendedores, y el desorden bastante grande para que puedan reflexionar». Esa es Francia, y su resumen, París: órgano en el cual se cumple el metabolismo de nuestra civilización, síntesis de Roma y de Atenas, «último modelo de Occidente».

¡Maravillosa nación hacia la cual los extranjeros, en los momentos críticos de su patria, vuelven desesperadamente los ojos, que porque tanto le exigen, tanto le reprochan, y que provocan las censuras de Friedrich Sieburg, los tiernos elogios de Curtius, las afirmaciones optimistas de Leo Ferrero!

En Italia e Inglaterra la *élite* es un producto del pueblo y refleja sus vicios y sus virtudes. El pueblo de París está formado por la *élite*. Es ella quien establece mil jerarquías y privilegios destinados a rehacer y matizar fuera de la regla, la aplicación de las leyes a las distintas categorías de ciudadanos. Y la *élite* ha contagiado al pueblo su pasión de los principios. Las civilizaciones atenienses tienen principios, pero carecen de la fuerza moral para sujetarse a ellos. Las civilizaciones romanas no tienen bastante imaginación para concebirlos. «Una sociedad que posee suficiente imaginación para concebir principios y fuerza moral para aplicarlos es estable y se encuentra presta a transformarse. No se aleja de cierta línea de conducta en tanto que sigue a sus principios y puede elegir principios nuevos en las crisis de su historia».